

LOS PAYASOS DE LA TELE
ARMANDO RODRÍGUEZ

El mundo de Quintero

Está programado a desmano. Un miserable martes, en insana competencia con *Sin Rastro*, *Num3rs*, *House* o *El Comisario* si no hay fútbol que le tape la boca. Jesús Quintero está hecho para la *madruga*, probablemente para las tres de la mañana de un sábado en el que llegas a casa de una cena y posterior celebración y, con un ligero mareo, con una atmósfera cómplice, enciendes la televisión y quedarse adormilado e hipnotizado antes de meterse a la cama.

Quintero logró en su día adueñarse de un estilo que nadie ha osado imitar. Y es que ahí radica una de las grandes claves del éxito: dar con una fórmula tan personal, tan irreplicable, que los demás tengan que olvidarse de ella porque serían burdas copias. *El Loco de la Colina* ha logrado recuperar el género de la entrevista a *lo Quintero*, con un ritmo digno de la madrugada, con una iluminación tenue y sugerente apoyada por esos filtros de estrella que colocan en todas las cámaras, una pose tranquila y sosegada pese a la prohibición expresa (por obra y gracia de Elena Salgado) de que la decoración estuviese también conformada por volutas de humo y sonido de encendedores dando lumbre a los cigarrillos.

Però lo mejor de Quintero es su ambigüedad, el halo de misterio que le rodea. Nadie sabe si el programa es bueno o si él es bueno... pero se supone que sí. Cómo consigue el favor de ciertos personajes o de dónde saca a determinados entrevistados son incógnitas que hablan de muchos años de tablas y preguntas al infinito, siempre con respuestas. Quintero hace bueno al entrevistado, sea quien sea, y entretiene en pequeñas dosis bien enlazadas. Nada técnico, nada truculento, nada pretencioso. Sería una magnífica forma de pasar los martes por la noche si no hubiese tanta competencia, y tan buena, a su alrededor.